

Pequeñas luces para una noche sin término

Soto Badillo, Oscar

2015-03-12

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/436>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

PEQUEÑAS LUCES PARA UNA NOCHE SIN TÉRMINO*

Oscar D. Soto Badillo**

Dice Alejo Carpentier en uno de sus poemas:

...Quien jamás ha visto una noche sin término no puede concebir una noche sin término y necesita del tiempo de una muy larga, larguísima noche, para entender que pueda haber noche que sea noche para siempre...

Yo agregaría: quien ilumina su existencia sólo con luz eléctrica puede tardar aún más en descubrir la noche.

Con estas palabras quisiera comenzar estos comentarios sobre el motivo que hoy nos convoca, un motivo que para algunos puede resultar superficial frente a la urgencia de los tantos asuntos cotidianos y trascendentes que ocupan nuestras certezas.

Un motivo ajeno para aquellos que no dudan de su lugar y de su tiempo.

Un motivo, sin embargo, que nos reclama hoy ante la sangre derramada, ante las lágrimas vertidas, ante los pies deshechos, ante las manos vacías, ante el silencio, mirar un poco a nuestro alrededor y sobre todo en nuestro interior para encontrarle razón a la incertidumbre.

Es cierto, inevitablemente es Chiapas, con su guerra, con su dolor y con su pequeñita, casi niña esperanza, la que nos llama hoy a estar

* Profesor de tiempo en el Área de Servicio Social, UIA-GC.

** Palabras pronunciadas durante la inauguración del Semestre por la Paz. Primavera 1998.

reunidos en este espacio, siempre destinado a los mejores momentos de nuestra comunidad.

Quiero pensar que éste es uno de sus mejores momentos. Un momento para voltear la mirada, por una vez siquiera, hacia ese Chiapas de todos los días, tan lejano y tan nuestro.

Para fijarnos por un instante en sus 200 muertos de bala y machete de los últimos meses; debería decir 202 porque, si bien las estadísticas no los cuentan, hubo dos pequeñitos asesinados en los vientres de sus madres.

45 de esos muertos, todos lo sabemos, murieron masacrados por la espalda mientras oraban en el templo del pueblo, en Acteal, una aldea tzotzil del municipio de Chenalhó. Pero también para recordar a sus 1 500 niños muertos cada año por enfermedades curables.

Para fijarnos un poco en sus 15 000 desplazados, despojados de sus casas y parcelas por obra de la persecución militar y paramilitar, 15 000 que representan el 2% de la población indígena total de Chiapas. Números que significan, tal vez, sólo el comienzo de esta tragedia; pero también en el millón y medio de personas que habitan casas con piso de tierra, sin drenaje, energía eléctrica y agua entubada entre una población de poco más de tres millones.

Para fijarnos en la militarización, absurda y desproporcionada, cuantificada en casi 75 000 soldados, lo que representa en los altos, selva y norte del estado (principales zonas indígenas) la incomprensible proporción de un soldado por cada 10 habitantes; pero también en la proporción de un médico por cada 1 500 personas y un maestro por cada 600 estudiantes en zonas indígenas.

Para mirar la paradoja de un estado de vastas riquezas naturales: agua y minerales, selvas y bosques, praderas, lagunas y costas, conviviendo con la miseria más extrema.

Para pensar, en fin, en ese Chiapas, tan lejano y tan profundamente nuestro.

Mirarlo en el dolor que nos reclama una solidaridad continuada con los desplazados recientes. Que nos pide no cansarnos en la labor de dar todo lo posible para aliviar las carencias de quienes nada tienen, que nos exige gritar ante la permanente acción de los militares y paramilitares, detener las muertes, las violaciones, las expulsiones de ese Chiapas de todos los días.

Sin embargo, no basta mirar ese Chiapas y dolernos con él y saberlo tan distinto y al mismo tiempo tan semejante a la Puebla que muchas veces no queremos ver.

La Puebla de la Mixteca y la Sierra, tan indígenas y, al mismo tiempo, como el Chiapas indio, tan ligados al mercado mundial por su café, sus flores y sus migrantes.

La Puebla de los barrios marginales y su gente dedicada a todas esas labores que denominamos economía informal.

La de los niños de la calle, la de los expulsados del centro histórico. La de las penitenciarías superpobladas de mujeres y hombres que robaron por hambre.

Esa Puebla que entra a nuestra Universidad, semestre a semestre, a través de nuestros alumnos en servicio social.

La Puebla-Chiapas que apenas se adivina tras los cristales de nuestros automóviles, que apenas se escucha tras la fortaleza de nuestros muros cada vez más altos, cada vez más alambrados, cada vez más alarmados. La de nuestros miedos nocturnos.

Chiapas-Puebla nos pide mirarla también en lo que tiene de luz para un nuevo mañana. Nos exige mirarla sin todos esos fantasmas que pueblan su noche, nuestra noche. Tal vez esa mirada-linterna es la que podemos ofrecer los universitarios de esta comunidad.

En Chiapas confluyen hoy los reclamos de una nación herida y también las utopías de una nación viva y actuante. Los acuerdos de San Andrés, firmados el 16 de febrero de 1996 en el marco de la Ley para el Diálogo, la Conciliación y la Paz Digna en Chiapas, contienen sin duda ambas vertientes.

Los reclamos y utopías de los indios de Chiapas concitan hoy todas las lecturas, todos los miedos y todas las esperanzas de una opinión nacional e internacional que se manifiesta muchas veces en medio del desconcierto y la desinformación.

Sin duda los medios de comunicación y la enorme cantidad de discursos y escritos nos permiten hoy *saber* más sobre Chiapas, pero tal vez ese saber nos impide *conocer* Chiapas. Conocernos en Chiapas.

El conocimiento pleno sobre ese Chiapas del sureste y nuestros Chiapas interiores sólo puede lograrse con el concurso de todos nosotros, los que nos planteamos como tarea cotidiana ser buscadores en la aventura del conocimiento.

Tal vez el estudio de los acuerdos de San Andrés, de su formulación original, de la iniciativa de la Comisión de Concordia y Pacificación que los traduce y de las eufemísticamente llamadas *observaciones* del gobierno federal, que son en el fondo reinterpretaciones de lo acordado, puede darnos luces sobre lo que se está construyendo en Chiapas y lo que se pretende destruir. Puede decirnos de los actores de esta tragedia mexicana, de sus guiones abiertos y ocultos, pero sobre todo puede iluminar este futuro mexicano tan incierto y, quiero pensar, al mismo tiempo tan prometedor.

Escuchamos y comentamos los temas de debate que surgen del proceso de negociaciones de Chiapas, como el de la autonomía y la libre determinación, y se nos asusta con el fantasma de la balcanización del país. Sin embargo, entendemos muy poco lo que verdaderamente significan, no para los indios de México sino para nuestra propia autodeterminación como personas.

Creo que nuestros abogados y nuestros jóvenes abogados en formación tienen en estos conceptos una veta maravillosa por explorar. Pero también la Universidad toda, que asume como uno de sus desafíos la democracia y la justicia social.

Hablamos del derecho al acceso de los medios de comunicación para los indios y parece que esto debiera provocar a nuestros comunicólogos pensar más en los fines de la comunicación humana, para conocerla en lo que tiene de puente y de meta, y poder así conocer mejor la labor de los *mass media* y de su propia labor. Pero debería movernos a todos a preguntarnos en torno a las herramientas que necesitamos para abordar el eje problemático de cómo se constituyen y expresan las identidades culturales, que no la identidad cultural en abstracto, y cómo se puede generar en esta era de globalización un diálogo intercultural, plural y respetuoso a partir de su reconocimiento.

Hablamos en este debate de la aparente contradicción entre derechos individuales y derechos colectivos en el acceso y disfrute de los recursos, del riesgo de generar reglas de excepción para los indios, de estratificar aún más nuestra sociedad. Y este problema tiene que ver con el desafío universitario de cómo lograr la unidad en la pluralidad, como desmantelar la percepción racista que nutre nuestras relaciones humanas, pero también cómo hacer compatible la productividad con la equidad en una sociedad democrática. Creo que aquí hay vetas fun-

damentales para nuestros científicos sociales pero también para nuestros ingenieros.

Se dice ampliar la participación y representación política de los indios, se habla de garantizar la equidad de las relaciones políticas, económicas y sociales entre las indias y los indios.

Creo que para sociólogos y politólogos, y para nuestras compañeras del programa de género, derechos humanos y sociedad civil —pero igual para todos nosotros— ésta es una veta maravillosa para empezar a reconocer las formas en que los seres humanos vivimos en sociedad, nos expresamos y nos representamos.

Se habla en los acuerdos de San Andrés del derecho a un desarrollo sustentable, basado en el rescate de las tecnologías indias, de sus formas de organización para la producción y el intercambio, de su manera particular de concebir la relación hombre naturaleza y hombre-hombre. Y esto tiene que ver con nuestro desafío de un desarrollo sustentable para una mejor calidad de vida.

Pero también para nuestros profesionales de las ciencias humanas, para nuestros ingenieros y nutriólogos, para nuestros licenciados en relaciones industriales y también para nuestros contadores y administradores, ésta puede ser una vertiente para aproximarse al conocimiento del debe y el haber y de los saldos de este México de hoy y de nuestro probable México del mañana.

Se habla del acceso de los indios a la educación y la capacitación, en el reconocimiento de sus manifestaciones artísticas, que no artesanales, de sus lenguas, de sus plumas y sus lienzos. Y esto nos involucra a todos los que pensamos con Martí en *Ser cultos para ser libres* y convoca a nuestros educadores, a nuestros diseñadores, a nuestros literatos, a repensar sus modelos, a crear, a proponer.

Se insiste en el reconocimiento de las manifestaciones religiosas de nuestros indios, sustentadas en la fe profunda de una iglesia inculurada. Esto debería motivar la profundización de nuestro desafío de la experiencia mística y el compromiso humano.

Quienes tuvimos el privilegio de acompañar la reciente peregrinación de nuestros hermanos indígenas de la diócesis de San Cristóbal en su paso por Puebla podemos dar testimonio de la profunda fe, del profundo misticismo de esa iglesia profética que hace de cada mujer y cada hombre un templo abierto, que multiplica las casas de

Dios. Una casa que Paz y Justicia, ese grupo paramilitar, ha pretendido cerrar.

Tal vez lo que nos convoca esta mañana sea la inquietud, la incertidumbre de saber si ese mundo nos pertenece o nos es ajeno, tanto como las aulas o más bien tanto como sea el contenido de nuestra labor en las aulas, de nuestra vocación en las aulas, de nuestra convicción en las aulas.

Tanto como proponernos que esas aulas se abran al mundo y al tiempo o se conviertan en inalcanzable torre de marfil, en hermética burbuja de cristal, en prisión.

Tanto como plantearnos desde las aulas, desde los laboratorios, desde las prácticas profesionales, desde el servicio social, el esfuerzo de ser para los demás haciendo con los demás y de este modo ser.

Tanto como despojar de ingenuidad el optimismo y convencernos de que sin nosotros todo puede ser peor.

Tanto como elegir entre ser formadores de líderes exitosos en una sociedad que se derrumba en su fracaso o ser humildes puentes, humildes andamios, humildes obreros de un edificio social justo, digno y libre.

Tanto como armarnos de discursos y teorías incontrovertibles, sustitutos de la realidad, o enfrentar con valentía los desafíos que nos propone nuestra filosofía educativa.

Tanto como animarnos a cuestionar nuestros saberes para aventurarnos en el humilde camino del conocer, en lo que esto tiene de experiencia y compromiso.

Tanto como vencernos a nosotros mismos.

Tanto como resistir, como enfrentar, como derrotar la guerra y ser agentes de la paz,

De una nueva paz.

De esa paz *Muyucop* que se canta en tzotzil.

Ut's at kanelá que se dice en ch'ol.

Lamalulkinal que se sueña en tzeltal.

La ajykoti toj tzoman que se hace en tojolabal.

De la paz incluyente y solidaria.

De esa paz abierta a los tiempos, comprometida, viva. No la paz de los sepulcros, del cómodo saber reducido a fórmulas perfectas, la paz del olvido.

Hoy inauguramos el semestre por la paz en Chiapas-México.

El semestre de nuestra paz.

Empecemos ya a construirla abriendo el corazón y las puertas de nuestra casa de estudios, rompiendo los muros para que nos alienten los vientos de cambio en este cambio de época.

Para llamarnos universitarios, universales, al mismo tiempo mestizos, indígenas, negros, mujeres y hombres, plurales, diversos, integrales, incluyentes, participativos, sustentables, libres, justos.

En fin, humanos.

Hoy iniciamos el semestre por la paz, durante el mismo pretendemos andar este camino de conocer, de conocernos y reconocernos, de ser pequeñas luciérnagas en esta interminable noche mexicana.

De hacer para ser.

Pido a Dios que la guerra no nos sea indiferente y, en este espíritu, que este semestre por la paz dure en nosotros tanto como nuestras vidas.

3 de febrero de 1998